

TERCIANA

Víctor A. González S.

Solamente por ser viejo conocedor de la selva, venía saliendo de ella, tratando de ganar sus orillas de altura descomunal. Porque, él, Cristóbuló Kangá, era uno más de aquella larga descendencia de antiguos negros cazadores que le arrancaban el sustento diario a esa enorme masa vegetal, fragorosa y calenturienta, que es la selva esmeraldeña.

De chico, pasó muchos días y noches enteras, "ni mongón enjorquetao", en los arbolones, haciéndole la guardia a los puercos bravos, venados y tatabras para hacerlos saltar de un escopetazo. Pero ahora venía con paso inseguro, como borracho, a trastabillazos, y bamboleándose tal que canoa balumosa, hasta afirmarse abracándose en los troncazos de moral bobo, de sande, de pulgande, que enveredan los largos trillos montañeros.

Quién era la que daba tantas vueltas? Era la selva, que en tromba frenética giraba a su alrededor en asechanzas de abalanzársele encima, de tragárselo, o, acaso, su cabeza, que en revoltijos de vértigo la sentía en intermitencias como fofa, en trances de estallar, o como queriendo escapársele, y que, él, acogotado por el aturdimiento, se la aprisionaba entre sus dedos gruesos, callosos.

Agarrado al tronco con la boa vigorosa de sus brazos, parecía que la tensa musculatura iba a saltar en sangrienta explosión de fuerzas. Lue-

go, en decaimiento súbito, se dejaba chorrear, despacio, hasta quedar sentado, como acabalgado en las potentes raíces del árbol; permanecía flácido, atrapado en una debilidad inesperada, como atontado, con los ojos tocados de un angustiante brillo opaco, como con ansias de fuga; desolado y acorralado en medio de la vegetación espesa, del rebullicio informe y chacharero de la fauna selvática omnipresente e invisible.

Sentía, el negro, arrebujándose en su camisa astrosa, como si desde la cintura hacia abajo, entre carne y hueso, le chorreara lentamente un aceite helado que hacía estremecer en finos temores. El frío se le quedaba pegado en las coyunturas de la cadera, de las rodillas, de los tobillos, tal que dos manazas gélidas que quisieran triturarle los huesos.

Del fondo de la montaña enorme le venía el eco de los hachazos intermitentes de los madereros que golpeaban a machote la piel rijosa, la pulpa de los troncos. Ahí, a pie quedo, los hachazos imaginarios, el griterío de los negros vozalones:

-Júp, júuup; júp, júuup..., craaac.
- Júp, júuup; júp, júuup..., craaac.

Con todo, en los momentos de angustiada tregua, se ponía de pie, y partía a zancazos, vacilante, aunque apresado en los tenues temblequeos de su calosfrío.

- Si ej tigre burricón pone la pata en mi pisada, va a creej que le tengo miedo..., pendeejeo-. Masticó, el negro, entre el marimbeo de su quijada.

*

Cuando saltó, dejando atrás las últimas vaharadas cálidas de la selva, al trillo que lo llevaría a su ranchito, una brisa sostenida, ternecita, que venía del río Cayapas, lo envolvió en las sábanas de su sereno frescor. Aligerando el paso en sus ansias de refugio, atravesaba, al negro cazador, un viento helado, mórbido, que lo asaeteaba con sus electrizantes arremetidas. Cuando puso su corpulencia entorpecida en el primer travesaño de la escalerilla, se agarró tan fuerte de la retostada guadúa

que la enclenque casuca se estremeció todita. Trepó con la angustia de penosos esfuerzos, a manotazos; le castañueaban los blancos dentazos en el marimbeo incesante de sus potentes quijadas. "Coño, esta vaina", refunfuñó; tiró a un lado, al desgaire, la vieja escopeta baquete-
ra, desenganchó una andrajosa manta de hilo y se acurrucó en su soledad, vencido, en el brillante y fresco piso de tablas picadas de chontaduro.

A poco, Cristóbulo Kangá, apercollado en las furiosas acometidas del acceso palúdico, se volvía y se revolvió hasta enrollarse en el encarrujamiento. Cuando en sus afanes de comodidad quedaba bocarriba, el techo desflecado de hojas de pambil parecía girar en una danza de remolinos sobre el eje del fino caballete.

Afuera, las sombras apresuradas comenzaban a amontonarse, a echarse sobre la tupida fronda de la selva. Por entre el celaje oracionero de la tarde fugitiva se alcanzaba a ver, al fondo de la gran arbolada, los abanicazos lejanos de las palmas zanconas estirando al cielo sus cuellos larguísimos, como atalayando la selva.

Tiritaba, Cristóbulo Kangá, envuelto en los rabiosos oleajes del calosgrío y en el rítmico castañeteo de sus dientes. Pronto, vaharadas de fuego empezaron a invadirlo, poco a poco hasta abrazarlo en las fogosidades de una fiebre que lo hacía jadear. Sólo la brisa tierna del río Cayapas, que se metía por entre las rendijas de la pared de guadúa picada, le regalaba retazos de brevísimo frescor; pero la fiebre subía, subía inexorablemente como queriendo achicharrarlo, haciéndolo exhalar alientos de fuego y llevándolo hasta el delirio y al borde de la inconciencia.

*

Por la ventana, un vano rectangular en la pared, se podía ver la limpísima comba azul de un cielo poblado de estrellas guiñadoras regando resplandores astrales, en contraste con el negro lomo de la selva espesa recortándose sombrío al otro lado del río.

Cristóbulo Kangá, en los trances tormentosos de su delirio febril, arrebuñado en su dolorida desolación palúdica, llamaba a su hembra, a su Floripe, en jadeos penosos, entrecortados, de animal acorralado.

- Floripe, Floripe..., Floripe-. Alucinado, estiraba, el negro, los brazos largos, poderosos, hacia un cielo que refulgía de estrellas y que alentaba su imaginación enfebrecida.

La Floripe, con una sonrisa coqueta pegada en sus dientes de pulpa de coco, se le apareció casquivana, cimbreante en su fino talle de negra joven, suspendida y recortada en el aire con el fondo clarísimo del cielo.

Kangá, perfundido por las quemazones de la fiebre, se agitaba en su delirio revuelto de deseos lúbricos.

- Floripe, Floripe, ven... Ya ves, ya ves que estoy solo, jodido..., y tú, lejos, lejos... Ven Floripe. Bien me 'ejía mi agüelo que las negras bonitas, juermosas..., no sirven pa' acompañajlo en la selva a uno...; que se van..., que la jala la marimba 'e San Lorenzo, 'e Limone..., 'e Esmeralda-. Se retorció, Cristóbul Kangá, en sus ansias de atraparla con sus manazas al viento, crispadas, de aprisionarla en la gruesa trama de bejucos de su pecho poderoso, de mordiscarla y olerla y lamerla toda como los animales del monte, de requemarla hasta el resuello con sus larguísimas caricias de antes, de retemblar y vibrar hasta quedar descuajado como los grandes troncazos de los árboles de la selva bajo los certeros golpes de las hachas. Cuando parecía tenerla a mano, cerca de su respiración anhelosa..., ella, la Floripe, se le escapaba rauda en la tromba impetuosa de sus meneos.

*

De lejos venían, seguramente de Estero Herradura, los frenéticos tuntunes de bombos y cununos con los que se estremecen los negros, se le "jinchán" las venas del gañote en tropeles de trago y sangre.

- Tumtumtum, tumtum..., tumtumtum, tumtum.

La Floripe, hermosa negra joven, tallada en la dura y prieta carne de palma de chontaduro, iluminada por las fluorescencias estelares parecía galopar en círculo al ritmo brioso de sus piernas agilísimas, y en los compases de armoniosos contoneos.

- Floripe, Floripe, ven..., esta fiebre que me mata, Floripe.

- Rascarrás, rascarrás- Chillaban, en lejano carraspeo los mongolos tazajeados de los güiros.

La Floripe danzaba a pasos menudos, ligeritos; cambiaba de frente con brincos cortitos y ágiles, para, de pronto, como en repentina actitud de ataque, lanzarse hacia adelante en furiosas acometidas de sus caderas vibrátiles, lúbricas; y girar, luego, envuelta en el remolino de su traje multicolor, al tiempo que descubría la tersa comba de sus muslos prietos, duros.

Kangá, en el pico de la calcinación febril, se retorció en la fantasía dolorosa de sus deseos sobresaltados.

- Floripe, Floripe, ven..., ven, Floripe, que me ha dado la terciana..., me quemó..., me ha dado la terciana..., ven, que e' de la mala..., ven, Floripe.

Un grito largo, gutural y vibrátil, de alguna negra gorda y vieja que animaba el frenesí de la marimba, se venía prendido en el alma fresca de la brisa nocturna del río Cayapas.

- Bemberembembéee, bemberembembéee, bemberembembé, mamáaa.

Vibraba, la Floripe, con la risa prendida, blanca; alegre y saltarina.

- Tumptumtum, tumtum..., tumtumtum, tumtum.

La Floripe, en el rebrinque del correteo, se descoyuntaba en los finos temblores del yimeo de sus hombros desnudos.

- Bemberembembéee, bemberembéee, mamáaa.

La Floripe, en el aleteo enardecido de sus senos túrgidos.

- Floripe, Floripe, me quemó..., me quemó, ven, ven..., e' la terciana.

- Rascarrás, rascarrás..., rascarrás. - Seguía el raspaje de los güiros animando el paroxismo marimbero de los negros.

La Floripe..., al son del vivísimo ajeteo del ciclón de sus caderas.

- Tumtumtum, tumtumtum...; rascarrás, rascarrás, rascarrás...; bembembéee, bembembéee; mamáaa...; dáame diecise vela..., Mayenyeee...

La Floripe..., en la cadencia fogosa de los andareles, caderonas y bambucos, estremeciéndose en la frenética cachondez de la marimba.

- Floripe, no ves..., me quemo. Floripe, ven..., tócame este fuego, ven. Floripe, me jas entundao. Floripe, tú..., y la terciana..., me ha dado e' la mala.

- Bembembéee, bembembéee, mamáaa; daaame, diecise vela, Mayenye..., ay, pa' ponela en crúuu...

La Floripe en el vórtice de la danza..., en el trepidar entusiasta de sus nalgas duras...; la Floripe, en el airoso revolear de un remolino, descubrió sus encantos en las motitas de su cabellera pública guarneciendo su gruta de fuego.

- ¡FLORIPEEEE!

*

Nubes negríssimas iban oscureciendo el cielo, tapándolo con sus vastos manchones, y haciendo desvanecer la visión de la fantástica danza marimbera de la Floripe. La fiebre había comenzado a ceder, y ya le brotaba, en la cara y en todo el cuerpo, un sudor pegajoso, de olor agrio.

Sonaba monótono el risrisear de las aguas en la vaciante del Cayapas. Esa larguísima culebra líquida, en su eterno vaivén, partía rumbo al mar. El aliento dulzón del río entraba fresquecito, aumentando el tormento de la sed de Cristóbulu Kangá.

En las postrimerías del delirio febril, Kangá, chasqueaba la lengua ávida, reseca, colorada; quería agua pero a raudales para calmar, aho-

ra, las sofocaciones de la sed. Qué pasaba, que ahí, en su provincia, sobre todo en su selva entretejida por los ríos: Onzole, Dógola, Canandé, Izcuané, Blanco, Quinindé, Mataje, Cole, Conga, Cócola, Esmeraldas, y sobre todo el Cayapas, río de negros y de indios, río de toda su vida, no tenía él un calabazo para bebérselo de un sorbo.

Cuánto lo torturaba la idea de fresca del agua de los cocazos tiernos; de la tagua líquida aprisionada en su mococha, o la del grueso bejuco pazcuenco que sacía la sed de madereros y cazadores.

-¡Agua! No ven, ¿pero no ven que me seco? ¡agua, carajo!-. Soltó, rezongón, en ánimos de restablecimiento.

El sudor le corría salado y meloso por todo el cuerpo, le empapaba la ropa y la manta sucia, tal como queda la tierra con los aguacerones montañeros. Le corría en chorrillos por los cauces rugosos de la frente, de la cara, de las axilas y de las piernas, tal como surcan los ríos la brava geografía de su tierra esmeraldeña. Así sudaba. Con el sudor abundante se le iba yendo la fiebre, dejándole alientos de serenidad y apaciguamiento, aunque quedó flácido, estragado.

El viento comenzó a arreciar sostenido haciendo curvar en rítmico vaivén la gran arbolada que se divisaba prieta, fantasmal, como si un tumulto de negros gigantes se mecieran en son de tocadores de marimba y en armonía de ardorosa danza; por encima, las palmas zancanas agitaban los penachos airosos de la selva.

Del fondo lóbrego de la montaña venían en tropes los aullidos pavorosos de los monos mongones; con la estridencia de sus gritos y el rebullicio de su paso, la manada trepaba a las copas más altas de los arbolones, refugio seguro contra los pumas y los voraces tigres mariposa, sus enemigos naturales. Un mohín seco de sonrisa ensayó, Cristóbul Kangá, al recordar que los chachis, indios ancestrales de la región, les dicen juyungos a los negros comparándolos con los monos mongones: bullangueros, bracilargos, ojos saltones, negros.

El venticillo fresco, serenador, corría más de prisa que hízole sentir un friecillo y ganas de aspirarlo de largo, de sorberlo a todo pecho.

- Júuuu, júu; júuuu, júu- roncaba en tono zumbón el guacuco en el festín de la lama de las canoas viradas, viejas.

- Mañana, viro la canoa y los meto a la olla, pa' ver de quién se van a burlá..., ahí se les va a acabá la jodienda-. Amenazó, el negro, a los peces guacucos, al borde ya de la fatiga sonámbula, boba, que lo arrastraba hacia el sueño.

Ahora, todo estaba negrísimo, y los vientos se hacían más recios, jaladores. Se percibía aromosa la tierra húmeda; a Kangá le daban ganas de lamerla de la sed que tenía, tal como el ganado atormentado por la angustia de la sal. De arriba, de la selva opulenta y apretadísima, de las cabeceras lejanas del río Cayapas, en son de mil ronquidos, venía bramando el torazo bravo de los aguacerones.

Kangá, con las ojeras renegridas, pálidos los labios, la cabeza fugitiva, fofa, y todo el cuerpo en una flojedad descoyuntada quedó, con toda su corpulencia juvenil, vencido por los virulentos y largos trances del acceso palúdico.

Ahí, profundamente dormido, quedó deslavazado en su lasitud, despatarrado.

*

La mañana siguiente surgió fresquecita, envuelta en las opacidades de un celaje blando, tierno. Al elevarse lentos los manchones amplios y finos de la neblina transparente, iban dejando al descubierto el furioso verdor de la espléndida selva ribereña del Cayapas.

Cristóbul Kangá, con el canaleta al hombro, desnudo el torso y con los pantalones viejos recortados a la rodilla, se encaminaba a las escaleras casi perpendiculares del alto barranco al río; iba en una lentitud desgarrada, desaliñado y trasnochado el rostro lívido por el festín sangriento de los hematozoarios. El Cayapas, hinchado en su plenitud, quieto, reflejaba, en el blandor de su espejo de agua el tumultuoso esplendor de su vereda selvática, el paso de una bandada de loros en el rebullicio de sus chillidos alborotadores; y los troncos y ramazones estáticos descuajados del barranco por los mordiscos del río.

Kangá se refrescó en sus aguas, mojando, sobre todo, el zambajo estopajoso de su cabellera; desanudó el potrigo, una pequeña canoa de tres varas, y de un salto se paró en la popa. La corriente había virado hacia el mar, y, el negro, con dos movimientos diestros del canaleta pu-

so al potro en el rápido deslizamiento de su nadar.

Ahora canaleteaba fuerte, haciendo levantar de cada impulso vigoroso la proa del potrito. Lo llevaba orillando, siguiendo las sinuosidades de vueltas y revueltas del barranco.

Al salir de uno de los recovecos del río, le alegró ver la casa alta, zanca, despejada de paredes, del viejo indio chachi: José Añapa. Con el último empellón del canalete hizo varar el pecho de la canoa a un lado de la alta escalera del barranco. Kangá, la subió a grandes zancadas, con pies y manos, como trepando el talle largo de los cocoteros.

Arriba, al borde del barranco, Añapa lo recibió con la mano extendida, abierta, franca, y con una sonrisa simple, solidaria. Hablaron un momento. Kangá, seguramente le relataría los angustiosos aparatos del acceso plaúdico porque temblequeaba, el negro, con los ojos en blanco y meneando la cabeza para darle mayor patetismo a su relación, tanto que, Añapa, soltó la carcajada; aunque le diría que habría llegado a tiempo, porque, con el índice, y con momentáneo encono, le señaló la loma de Punta de Venado: "cementerio chachi", le dijo.

Subieron; Añapa, con fina destreza le "puyó" el dedo, lo anotó lenta y cuidadosamente en una libretica oficial, sucia, del Servicio Antimalárico, y le dio los ansiados antipalúdicos de los que el viejo chachi era depositario y distribuidor en una amplia área de selva y río. Kangá, de un solo aventón las tragó de golpe, con angurria y agua a borbotones; luego respiró largo, profundo, y se arrugó todo en una sonrisa enorme, ancha, de satisfacción, mostrando la blanca taguaza de sus dientes; le dio unas palmaditas en las espaldas al viejo chachi, y se escurrió por las escaleras del barranco.

*

Ahora navegaba río arriba; lento el canaletear en la cadencia de ambos lados.

Un sol tierno, amarillito, refilaba las frondosidades ribereñas entibiando las playas que se llenaban de lavanderas tocadas con pañolones multicolores, y de negritos pequeñines que jugueteaban a pleno corrinche, o haciendo guaraguas en sus potritos como bateas.

Cristóbulo Kangá, canaleteaba tranquilo; alto el tórax vigoroso para contestar el enjambre de manos de los saludos múltiples; alerta a las corrientes encontradas de los recovecos reverseros. Las canoas subían y bajaban cercanas a las orillas al impulso armonioso de los canaletazos diestros de negros y chachis: los negros madereros soñolientos rumbo a los aserríos angurrientos, remolcando tras las balsas pachorrientas los troncazos; los chachis, comandando en sus canoas punteras de guagaripo, hacia el mercado de Borbón y San Lorenzo, rimeros de canoas entrecruzadas; los negros cazadores, fumando sus cachimbas de barro, llevando su cargamento de pieles de animales de montaña al mercado.

Las lavanderas, combinaban sus ajeteos con la bullaranga de los cotreos y las risotadas. Cuando, Kangá, las saludaba, se alzaban sus manos cordiales, amigables, solidarias, y se abrían las sonrisas prontas, blancas, enmarcadas en sus rostros prietos, de ojos vivísimos, saltones.

Era, en fin, la selva, el río y sus gentes, que se desbordaban en la plenitud de la vida.

Kangá, remaba alegre, al son de una sonrisa grande. Con los hombros acompasaba el ritmo de un Candombe sonando desde el transistor que llevaba colgado al pecho, tal que un escapulario: "Perdonáme que te diga, negro Josée..."

Pronto cargaría su vieja escopeta baquetera, y se hundiría en las apreturas de su vieja amiga: la selva.

Guayaquil, marzo 14/1980.